

# Benazir Bhutto

*Pakistán, Primera ministra (2º ejercicio)*

Duración del mandato: 19 de Octubre de 1993 - de de

Nacimiento: Karachi, provincia de Sindh, 21 de Junio de 1953

Defunción: Rawalpindi, provincia de Punjab, 27 de Diciembre de 2007

Partido político: PPP



## Resumen

La tortuosa trayectoria vital, dominada por los períodos de cárcel, exilio y oposición a la dictadura militar, y salpicada de dramas familiares, de quien fuera la primera mujer dirigente de un país musulmán, es ilustrativa de la convulsa historia reciente de Pakistán. Heredera de su derrocado y ajusticiado padre, Zulfikar Ali Bhutto, y líder del centroizquierdista Partido Popular de Pakistán (PPP), Benazir Bhutto fue primera ministra dos veces entre 1988 y 1996 con legitimidad electoral antes de ser destituida en base a unas acusaciones de corrupción y abuso de poder. Su perfil controvertido, de política demócrata y prooccidental pero tachada de egocéntrica y demagoga, y su imagen moderna y laica en un país donde cabalgan con fuerza el integrismo islámico y Al Qaeda, se pusieron a prueba por última vez en el caótico inicio de la presidencia civil del general Musharraf, con quien intentaba establecer un modus vivendi que tras las previstas elecciones habría podido devolverla a la jefatura del Gobierno. El 27 de diciembre de 2007 fue asesinada en un ataque suicida probablemente perpetrado por islamistas radicales.

## Biografía

1. Eslabón femenino de la dinastía Bhutto
2. Expectativas y sinsabores del primer mandato gubernamental
3. Segundo ejercicio como primera ministra y nueva destitución presidencial
4. Una década en la oposición, el exilio y la picota judicial
5. Pacto con Musharraf para el regreso a Pakistán
6. Un magnicidio desestabilizador en un país a la deriva

### 1. Eslabón femenino de la dinastía Bhutto

La primogénita del matrimonio formado por los musulmanes shiíes Zulfiqar Ali Bhutto, abogado formado en Occidente, miembro de la aristocracia terrateniente de Sindh y por entonces notable promesa de la política nacional, y la begum Nusrat Ispahani, hija de un rico hombre de negocios kurdo iraní asentado en Karachi, recibió junto con sus tres hermanos menores, Murtaza Ali, Sanam y Shahnawaz (nacidos respectivamente en 1954, 1957 y 1958), la esmerada educación reservada a los vástagos de las élites dirigentes del joven Estado pakistaní, que en su caso se caracterizó por una concepción pragmática del hecho religioso y un enfoque laico de impronta inequívocamente británica. La muchacha recibió sus primeras clases en escuelas conventuales regidas por monjas de congregaciones católicas en las ciudades de Karachi, Rawalpindi y Murree, antes de completar el bachillerato en la Escuela de Secundaria de Karachi (KGS), uno de los colegios privados más prestigiosos del país.

Su instrucción universitaria, querida para sus dos hijas por un padre de pensamiento liberal en lo referente al papel de las mujeres en la sociedad, fue extensa y variada, y discurrió íntegramente en Estados Unidos y el Reino Unido. Se produjo en paralelo al encumbramiento de la carrera política de Ali Bhutto, que en diciembre de 1971 se convirtió en primer ministro y presidente de la República tras 13 años de gobiernos militares a rebufo de la traumática secesión armada del Pakistán Oriental (Bangladesh) y la derrota militar ante India, y apoyándose en la mayoría parlamentaria que desde las elecciones del año anterior poseía su partido, el Popular de Pakistán (PPP). Fundado en Lahore el 30 de noviembre de 1967 por Ali Bhutto y su primo Mumtaz, futuro ministro jefe de la provincia de Sindh, el PPP aunaba en su manifiesto el nacionalismo y la confesionalidad islámica con la defensa de la democracia parlamentaria, el socialismo económico y el federalismo constitucional, componiendo un cóctel programático pensado para seducir demagógicamente a diferentes clases y colectivos sociales.

Desde 1969 Benazir asistió a las aulas del Radcliffe College de Cambridge, Massachusetts, centro adscrito a la Universidad de Harvard, donde obtuvo una diplomatura (Bachelor of Arts) en Gobierno Comparado en 1973, por la época en que su padre se desprendió de la Presidencia de la República pero retuvo el poder ejecutivo como jefe del Gobierno. En julio de 1972 Ali Bhutto se hizo acompañar por su hija en la ciudad india de Simla, donde sostuvo con la primera ministra Indira Gandhi una histórica cumbre bilateral que selló la normalización de las relaciones entre los dos países. A continuación, la joven se trasladó a la antigua metrópoli colonial para estudiar Filosofía, Ciencias Políticas y Economía en el Lady Margaret Hall, un college sólo para mujeres de la Universidad de Oxford. En 1976 recibió la diplomatura correspondiente a este paquete lectivo y amplió su currículum con un curso de Derecho internacional y Diplomacia. Su vínculo con la casa de estudios inglesa se prolongó unos meses desde la función de presidenta de la Oxford Union, una asociación de debate académico de mucha solera en la Universidad, a cuyo frente habían estado algunos de los más eminentes políticos del Reino Unido.

La veinteañera, llamada cariñosamente por sus amigos Pinkie por su recato y el tono sonrosado de su cutis, regresó a Pakistán en 1977, año crítico en la trayectoria de su padre estadista y de la historia nacional, dispuesta a abrirse camino en el activismo político en las filas del partido de la familia, para el que había sido preparada con todo esmero y con aparente prioridad sobre las obligaciones conyugales: no obstante estar en edad plenamente casadera y tratarse de una mujer de físico atractivo -porte robusto y distinguido, melena azabache y unos marcados rasgos faciales, realzados con cosméticos en rojo y negro para labios y ojos, que componían un ancho semblante de una belleza indoaria casi varonil-, la hija de los Bhutto permanecía libre de todo compromiso nupcial y tampoco se le conocían noviazgos

hipotéticamente concertados por intereses de la familia, marcando una estampa de soltera independiente harta inusitada en el Pakistán de la época. Se aseguraba que Ali Bhutto veía a su primogénita y favorita como la "futura Indira Gandhi de Pakistán".

Benazir era una privilegiada en muchos aspectos, pero el devenir estaba a punto de someterla a pruebas muy difíciles, dando comienzo una tortuosa peripecia vital caracterizada por los dramas familiares, los suplicios privados y los grandes vaivenes políticos, oscilando entre la gloria y el descalabro. En marzo de 1977, desatando un clímax en la ola de violencia que venían atizando los partidos de la oposición conservadora bajo una cascada de denuncias de autoritarismo, populismo y corrupción contra Bhutto, el PPP se adjudicó una gran victoria en unas elecciones parlamentarias que los perdedores, con razón, tacharon de groseramente fraudulentas. Benazir retornó de Oxford en junio, encontrando un país en ebullición. En julio, ante la incapacidad de las fuerzas políticas para atajar los choques sectarios y ahuyentar el espectro de un enfrentamiento civil, el Ejército, bajo el mando del general Mohammad Zia ul-Haq y con la aquiescencia de Estados Unidos, ejecutó su papel de salvador de la patria, arrogado por primera vez en 1958, dando un golpe de Estado cuyas primeras consecuencias fueron la declaración de la ley marcial, la suspensión de las instituciones democráticas y el arresto del primer ministro derrocado, contra el que la justicia no tardó en emprender un juicio criminal por su supuesta complicidad en el asesinato de un rival político tres años atrás.

Benazir y su madre vivieron en carne propia la angustiosa cuenta atrás en la vida del cabeza de la familia, por cuya liberación hicieron campaña a golpe de marchas de protesta, mítines y llamamientos a los medios de comunicación, activismo desafiante que les acarreó numerosos arrestos domiciliarios de diversa duración. Mientras ellas batallaban desde la legalidad usurpada por los militares, los dos hijos y hermanos, Murtaza y Shahnawaz, libraban su propia y más radical campaña contra Zia, primero desde la clandestinidad y luego desde el exilio. Pronto se decantaron por la subversión armada y por un discurso de revolucionarios de extrema izquierda. La organización por ellos fundada, Al Zulfikar, presentada como la vanguardia militante del PPP pese a no querer saber nada de semejantes métodos la madre y la hermana, perpetró acciones de tipo terrorista contra representantes e intereses del Estado pakistaní, y tuvo sus retaguardias sucesivas en Afganistán, Libia, Siria y Líbano.

A mediados de septiembre de 1977, aprovechando un breve lapso de libertad que resultó ser el último, entre su segundo arresto y su encarcelación definitiva, Bhutto nombró presidenta en funciones del PPP a su esposa, a la que Benazir secundó como una especie de copresidenta. En marzo de 1978, sin las mínimas garantías procesales, el ex gobernante fue declarado culpable y condenado a muerte por el Alto Tribunal de Lahore. En febrero de 1979 el Tribunal Supremo de Pakistán confirmó la sentencia y en marzo el reo vio rechazada la apelación. Ignorando la avalancha de peticiones de clemencia nacionales e internacionales, Zia dispuso la ejecución de su prisionero, que fue ahorcado el 4 de abril de 1979, a la edad de 51 años y horas antes de ser visitado por última vez por su esposa e hijas, en la prisión de Rawalpindi.

El dictador, un militar ultraconservador con una concepción rígida del Islam y que se disponía a azuzar la jihad anticomunista en el vecino Afganistán, no perdonó a Bhutto ni la aureola secular que había desprendido su gestión gubernamental, pese a haber proclamado el carácter islámico de la República en la Constitución de 1973, ni su izquierdismo económico, que se había traducido en nacionalizaciones, ni su neutralismo proárabe hostil a la alianza defensiva con Estados Unidos, seña identificativa de una política exterior cuyas iniciales credenciales nacionalistas habían sido puestas en la picota por la pronta reconciliación con India ?enemiga en tres guerras desde el acceso simultáneo a la independencia en 1947- y por el reconocimiento de la independencia de Bangladesh, decisión igualmente irritante para las fuerzas derechistas. Con su trágico final, Bhutto adquirió una aureola de mártir de la democracia, aunque en su historial no podían obviarse capítulos tan oscuros como la represión de la oposición política en Beluchistán, ni sus pulsiones autocráticas, ni sus manejos corruptos.

La eliminación de Bhutto no supuso la liquidación del PPP, mantenido vivo gracias al infatigable

activismo de sus dos dirigentes femeninas, a las que los arrestos en el domicilio familiar en Larkana, los períodos en prisión y las amenazas judiciales no conseguían silenciar: continuaron exigiendo la marcha del dictador, el levantamiento de la ley marcial, la celebración de elecciones multipartitas y el retorno de la legalidad constitucional. A partir de febrero de 1981 estas reivindicaciones las canalizaron a través del Movimiento para la Restauración de la Democracia (MRD), una plataforma opositora en la que el PPP, no sin profundas suspicacias, cooperó con algunas fuerzas políticas que habían socavado el Gobierno de Bhutto en vísperas de su derrocamiento por Zia en 1977. En ulteriores entrevistas y escritos, Benazir iba a describir este período de su vida como extremadamente duro, en particular el "infierno psicológico" que supuso el período carcelario de varios meses de duración en la segunda mitad de 1981, cuando sufrió las penosas condiciones del confinamiento solitario en una celda expuesta a los rigores del estío de Sindh e infestada de insectos.

Su madre contrajo un cáncer de pulmón y en noviembre de 1982 Nusrat Bhutto fue autorizada por el Gobierno militar a abandonar Karachi para recibir tratamiento oncológico en Alemania Occidental. Las riendas del partido quedaron en manos de Benazir, convertida en su presidenta de hecho a pesar de las drásticas restricciones que imponía el casi permanente estado de arresto domiciliario. En 1983 se las arregló para que una editorial india le publicara el ensayo de análisis político *Pakistan: The Gathering Storm*, título que igualmente habría servido para sintetizar la situación del país asiático un cuarto de siglo más tarde. Ya en 1978 había debutado en la producción bibliográfica con el libro *Foreign Policy in Perspective*. En los años siguientes, su formación politológica y su intensa experiencia personal como profesional de la política iban a animarla a redactar numerosos artículos y disertaciones.

Sin embargo, la huérfana de Bhutto también salió debilitada de sus crudos trances carcelarios. En enero de 1984, aquejada de una aguda infección de oído con riesgo de ocasionarle una parálisis facial, reclamó a Zia que la dejara partir a Europa también a ella, encontrando la respuesta positiva de un dictador que asistía encantado al, así lo creía él, el desmoronamiento definitivo de un PPP descabezado. Mientras sus huestes eran reprimidas sin contemplaciones al igual que los demás manifestantes del MRD, Bhutto se embarcó en un exilio encubierto que estableció su cuartel general en Londres, aunque con la promesa de regresar para seguir luchando por la democracia en cuanto se dieran las "circunstancias políticas adecuadas".

En la capital británica, la ya presidenta oficial del PPP reanudó su campaña contra la dictadura en su país, intentado compensar con su nueva libertad mediática las dificultades que la distancia imponía al liderazgo efectivo del movimiento político fundado por su padre. Criticó el apoyo incondicional brindado a Zia por la Administración estadounidense de Ronald Reagan y lamentó que la democracia pakistaní tuviera que ser la víctima colateral de las prioridades estratégicas de Washington en esta parte del planeta, centradas en la expulsión de los soviéticos de Afganistán mediante el armamento masivo de la oposición mujahidín, a la sazón trufada de elementos integristas islámicos, y con la intermediación imprescindible de los militares pakistaníes.

Zia, con los ases que la Guerra Fría le ponía en la manga, no daba muestras de flaqueza. Su régimen, pese a la enconada oposición a que hacía frente, parecía firmemente asentado. Entre tanto, la parca volvió a visitar a la familia Bhutto con la extraña muerte del benjamín, Shahnawaz, de 26 años, cuyo cadáver con signos de asfixia fue hallado en su apartamento en la Riviera francesa el 18 de julio de 1985. Aunque las autopsias practicadas no fueron concluyentes, Benazir manifestó su convencimiento de que su hermano, sobre el que pesaban unos cargos por terrorismo en Pakistán, había sido envenenado, llegando a implicar en el supuesto asesinato a su propia cuñada, Rehana, quien, ciertamente, levantó las sospechas de la Policía francesa. Benazir y Murtaza aventaron la especulación de que Rehana, una ciudadana afgana, podría haber sido reclutada por el ISI, el omnipresente servicio de inteligencia del Ejército pakistaní, para que liquidara a Shahnawaz, con el que mantenía una tormentosa relación conyugal que hacía presagiar el divorcio.

Fueran cuales fueran las circunstancias del deceso de Shahnawaz Bhutto, la hermana mayor decidió hacer de la repatriación del cuerpo y de su entierro en casa un acto de desafío político ahora que Zia sopesaba levantar la ley marcial, autorizar las actividades políticas partidarias y ceder parte de sus omnímodas atribuciones al recién nombrado primer ministro civil, Mohammad Khan Junejo, miembro destacado de otra familia de terratenientes de Sindh y de la Liga Musulmana de Pakistán (PML). El 21 de agosto la dirigente popular aterrizó en Karachi procedente de Zurich escoltando el ataúd de Shahnawaz, cuyo entierro en el terruño de Larkana ese mismo día presidió arropada por 50.000 entregados seguidores.

El Gobierno no aguardó a que la oratoria porfiada de Bhutto subiera de tono y aumentara su poder de convocatoria. El 29 de agosto, un destacamento policial rodeó su vivienda en Karachi con la orden de impedirle salir y realizar cualquier manifestación. El mandato de arresto era por 90 días, pero el plazo no llegó a la fecha de vencimiento, ya que en las primeras horas del 4 de noviembre los agentes condujeron a la política al aeropuerto y la montaron en un avión de Swissair que la apeó en Heathrow. Desde su casa londinense, la deportada prometió regresar a la primera oportunidad para demostrar de nuevo que, pese a estos seis años de "Bhutto-fobia y persecución" por parte de Zia, "el nombre de Bhutto todavía cautiva la imaginación del pueblo".

El segundo período de exilio de Bhutto en el Reino Unido fue breve. El 30 de diciembre de 1985, Zia, tal como había prometido, levantó la ley marcial y la prohibición que pesaba sobre la actividad de los partidos. La tímida liberalización de la dictadura permitió el retorno de muchos exiliados, inclusive la más ilustre de las represaliadas. El 10 de abril de 1986, luego de celebrar el PPP en enero su primera reunión pública desde 1977 y previo acuerdo con un Zia dispuesto a dispensar una cierta tolerancia a sus adversarios políticos, Bhutto estuvo de vuelta en Lahore, donde cientos de miles seguidores le tributaron un recibimiento apoteósico. En sus primeras declaraciones, exigió la renuncia del presidente-general y la convocatoria de elecciones anticipadas, ya que la Asamblea Nacional salida de los comicios celebrados en febrero de 1985 sobre la base de candidaturas independientes sin el concurso de los partidos no se consideraba legítima.

El fin del exilio de Bhutto fue considerado un hito que marcó un antes y un después en la fatigosa, y hasta el momento más bien estéril, lucha del movimiento democrático pakistaní, pero la jefa del PPP se debatía entre ser una líder fundamentalmente política y militante, de las que convocan campañas de desobediencia civil, arrastran multitudes y guían a las masas a la lucha, o bien una líder autoritativa y moral, totémica, capaz de amalgamar tras su persona a los diversos caudillos y cabecillas de la heterogénea MRD sin dejar de custodiar el legado y la memoria de su padre ajusticiado. Por otro lado, su regreso a Pakistán había generado tensiones en el partido, donde existía una vieja guardia hostil a su liderazgo, considerado prepotente y egocéntrico. El conflicto quedó zanjado en mayo con la purga de los disidentes y la confirmación de Bhutto en la presidencia orgánica, compartida por su madre a título simbólico. El 14 de agosto siguiente, una oleada de disturbios que dejó varios muertos encolerizó al Gobierno hasta el punto de disponer la detención de Bhutto y otros dirigentes del PPP. El 8 de septiembre todos fueron puestos en libertad sin cargos.

El 18 de diciembre de 1987 Bhutto, decepcionando a sus partidarios más izquierdistas y a las feministas, contrajo matrimonio en Karachi con Asif Ali Zardari, un prominente hombre de negocios en el ramo de la construcción, hijo del magnate industrial Hakim Ali Zardari y perteneciente a la aristocracia tribal sindhí. Se trató de una boda pactada por ambas familias, sin amor de por medio y entre dos desconocidos, en la más acendrada tradición local. Pero, a diferencia de otros esponsales concertados, ella tomó este paso de común acuerdo con su madre, por parecerle apropiado y necesario, "consciente de mis obligaciones religiosas y del deber para con mi familia".

El particular concepto que Bhutto tenía del matrimonio y el amor conyugal lo expresó en varias entrevistas concedidas a periodistas occidentales. Ella se veía a sí misma como una figura pública que debía sacrificar, llegado el caso, sus apetencias personales para no arruinar el compromiso asumido ante el pueblo pakistaní. En su visión de la vida, una relación

auténticamente sentimental con un hombre no era compatible con su carrera de mujer política: "Para mí, la opción no estaba entre un matrimonio por amor o un matrimonio concertado, sino entre asumir éste o no estar casada de ninguna manera (?) Un matrimonio concertado puede parecer tradicional, pero no lo es en el sentido de que yo no abandono mi identidad o mi carrera. Si hubiese creído que podría perjudicar mi carrera política, no habría tomado este paso. Nunca habría perseguido la felicidad personal a costa de mi país", citó de ella el Los Angeles Times. Y para el New York Times, ese mismo año: "Mis mayores siempre me dijeron que el amor empieza después del matrimonio".

En su autobiografía *Daughter of the East* (titulada *Daughter of Destiny* en otras ediciones), aparecida en 1989, Bhutto volvía a reflexionar sobre el particular con su característico tono entre fatalista y mesiánico, de mujer inexcusablemente obligada por una misión familiar y política de tintes sagrados: "Un matrimonio arreglado era el precio que tenía que pagar por el curso político que mi vida había tomado (?) Mi alta posición en Pakistán excluye la posibilidad de conocer a un hombre de manera normal".

La pareja iba a tener tres hijos, un chico, Bilawal, nacido en septiembre de 1988, y dos chicas, Bajtwar y Assefa, venidas al mundo en 1990 y 1996, respectivamente.

## 2. Expectativas y sinsabores del primer mandato gubernamental

Bhutto fue capaz de ejercer una influencia determinante en el curso político del país únicamente después del súbito mutis de Zia, fallecido el 17 de agosto de 1988 en un sospechoso siniestro aéreo que sobrevino en mitad de la incertidumbre generada por la destitución arbitraria del primer ministro Junejo y el principio de la retirada soviética de Afganistán, la cual ponía muy cuesta arriba el belicismo proijihadista del régimen. La mandamás del PPP, a punto de dar a luz a su primer retoño, se felicitó sin rebozo por la desaparición de su archienemigo, ya que siempre había pensando que el mayor obstáculo para la restauración de la democracia en Pakistán era el propio Zia.

Llegado el momento de aclarar los aspectos de un programa político tildado de hueco y falto de respuestas concretas para las grandes cuestiones nacionales, Bhutto aseguró que un gobierno suyo pondría las libertades fundamentales en el primer plano, aplicaría una política de "reconciliación nacional" y apostaría por un "Estado secular con tradición islámica", tolerante y no sectario. Asimismo, puntualizó que el PPP era un partido socialdemócrata que no tenía nada en contra de los militares y que, al contrario, respetaba profundamente a la institución castrense.

A partir de aquí, el retorno a la constitucionalidad democrática, garantizado por el presidente de la República en funciones, Ghulam Ishaq Khan, se desarrolló sin demora, haciendo de la llegada de Bhutto al Gobierno una marcha triunfal que dejó pasmados a los poderes fácticos tradicionales: los generales, los grandes propietarios agrarios y los jefes tribales y religiosos, los cuales habían acrecentado su ascendiente social gracias a la política de islamización a ultranza impulsada por Zia y que ahora advirtieron en vano que la llegada de una mujer al poder político era una novedad "contraria al Islam". La impresión general era que la mayoría del electorado iba a votar al PPP, no por su programa, tan poco articulado, sino como una reacción emocional donde se daban la mano el juicio histórico y el hartazgo del militarismo, lo que equivalía a convertir las elecciones en una especie de plebiscito sobre la antinomia Bhutto-Zia.

La líder opositora condujo al PPP a una victoria clara aunque no arrolladora en las elecciones legislativas que Zia había dejado convocadas para el 16 de noviembre de 1988, las primeras pluralistas en 11 años y que resultaron ser las más limpias, democráticas y pacíficas de la historia nacional. De los 217 escaños de la Asamblea abiertos a competición (20 estaban reservados para mujeres elegidas indirectamente), el PPP obtuvo 92, 38 más que la segunda lista más votada, la Alianza Democrática Islámica (IJI), una coalición de nueve formaciones confesionales y de derecha capitaneada por la PML y el ministro jefe de la provincia de Punjab, Mian Mohammad Nawaz Sharif, un político conservador que había medrado a la sombra de Zia y en adelante áspero adversario de Bhutto. Benazir y la begum Nusrat votaron en Larkana, donde obtuvieron sus respectivos escaños.

Necesitada de apoyos para gobernar, Bhutto pactó con la tercera fuerza más votada, el Movimiento Nacional Mohajir (MQM), representante de los antiguos refugiados musulmanes hablantes del urdu que escaparon de India cuando los gigantescos trasvases de población que siguieron a la partición de la colonia británica en 1947. Los 13 escaños del MQM, más el respaldo adicional de agrupaciones menores, proporcionaban al oficialismo en ciernes la mayoría absoluta que el PPP reclamaba en aras de la estabilidad, pero esta alianza federal se auguraba además muy positiva para aquietar las tensiones interétnicas, atizadas por la dictadura, en Sindh, donde sindhís y mohajires habían sostenido hasta fecha muy reciente mortíferos enfrentamientos sectarios.

El 1 de diciembre el presidente Ishaq encargó la formación del Gobierno a Bhutto y un día más tarde se produjo en Islamabad la toma de posesión de la primera dirigente femenina de un Estado de mayoría musulmana en los tiempos modernos, anticipándose en unos años a los casos de Khaleda Zia en Bangladesh (1991) y Tansu Çiller en Turquía (1993). Antes que ella, otra hija de un estadista insigne, la malograda Indira Gandhi en India (1966), y dos viudas famosas de líderes asesinados, Sirimavo Bandaranaike en Sri Lanka (1960) y Corazón Aquino en Filipinas (1986), habían tomado la delantera en la emergencia del liderazgo femenino en Asia. A la estirpe de las mujeres líderes por herencia política de un padre apartado violentamente del poder, por asesinato o en golpe de Estado, en esta parte del mundo pertenecían también Chandrika Kumaratunga (hija de Solomon y Sirimavo Bandaranaike) en Sri Lanka, Hasina Wajed (huérfana de Mujibur Rahman, el antiguo adversario bengalí de Ali Bhutto) en Bangladesh y Megawati Sukarnoputri (huérfana de Sukarno) en la igualmente musulmana Indonesia, todas ellas llamadas a encabezar sus respectivos países como presidentas o primeras ministras.

Con sólo 35 años y sin ninguna experiencia gubernamental, Bhutto añadió al cargo de primera ministra los ministerios de Defensa y Finanzas, indicando a las claras su deseo de controlar directamente las relaciones, que se temía fueran peliagudas, con la institución ahora comandada por el general Mirza Aslam Beg, así como la gestión económica, que la dictadura castrense había conducido por unos derroteros semiliberales amoldados a los preceptos del Islam, opuestos a las nacionalizaciones del anterior Gobierno del PPP y favorables a la industrialización y el sector privado. El modelo produjo los logros macroeconómicos de un crecimiento anual en torno al 5% y una inflación rebajada a una tasa similar, pero dejó sin arreglar los agudos déficits sociales, en un país de 105 millones de habitantes abocado a una explosión demográfica. Peor aún, el desarrollismo de Zia se había sustentado en unos cimientos embarrados por el endeudamiento, la precariedad fiscal y la corrupción masiva.

Unas reuniones preliminares tranquilizaron al mando castrense y a los representantes diplomáticos de Estados Unidos: habría una política continuista en relación con Afganistán, la lucha contra el narcotráfico transfronterizo y el programa nuclear (emprendido por su padre en la década anterior), que ella, con nula credibilidad, desligó de la persecución de la bomba atómica. El mantenimiento de Sahabzada Yaqub Khan, un miembro de la IJI y antiguo colaborador de Zia, como ministro de Exteriores debía remover los temores del establishment cívico-militar a una ruptura en los grandes ejes de la política exterior.

Bhutto no tardó en experimentar las dificultades de administrar un país muy poco acostumbrado al consenso democrático, militarizado, islamizado y tribalizado en mayor o menor grado, y además inserto en un complejo tablero estratégico, rodeado de potencias que querían ejercer su influencia e involucrado en conflictos regionales (Afganistán, Cachemira india) que el ISI y los generales manejaban como si fueran un negocio particular. Todo ello limitaba grandemente el margen de maniobra con que contaba el Gobierno, el cual tampoco dio muchos ejemplos de diálogo y moderación.

La primera ministra amnistió a los presos políticos y restauró las libertades civiles, puso en marcha una política de normalización institucional, abordó la reestructuración del sector público e inauguró un programa nacional de salud y educación en el que se apreciaron esfuerzos sinceros para reducir el gigantesco presupuesto destinado a la defensa en beneficio

del olvidado capítulo social, y para reducir la discriminación de la mujer. En este aspecto, topó con la hostilidad de los teólogos islámicos y, en general, con las restricciones impuestas por una sociedad tradicional y conservadora, las cuales pusieron a prueba su talante progresista y de vindicada feminidad.

La Asamblea Nacional mantuvo en suspenso la aplicación de la norma, decretada por Zia poco antes de morir, que establecía la supremacía legal de la sharía (introducida como fuente de derecho en 1978), pero no abolió las denominadas Leyes sobre la Blasfemia, una serie de modificaciones del Código Penal que castigaban severamente las ofensas religiosas. Esta aparente equidistancia entre las presiones de los elementos confesionales y las de los laicos plasmaba, supuestamente, la visión de la primera ministra de un "secularismo islámico" para Pakistán. Por otro lado, el discurso social del PPP no incluyó cambios destinados a corregir situaciones escandalosas, como la pervivencia de las relaciones de servidumbre cuasi feudal entre los grandes propietarios agrarios y varios millones de campesinos sin tierras sumidos en una indefensión jurídica absoluta.

Bhutto concitó también el incomodo de algunos miembros del Ejército, que aspiraba a mantener su estatus de árbitro de las trifulcas políticas y sus privilegios de casta, por unas intromisiones en los asuntos castrenses que en realidad no pasaron de amagos. Las imputaciones de intolerancia política y nepotismo cobraron fuerza a raíz de sus intentos de defenestrar al Gobierno de la PML en Punjab, de dar entrada en el Gabinete, en abril de 1989, a la begum Nusrat como ministra principal sin cartera, cargo parangonable a una vicejefatura del Ejecutivo, y colocar a su suegro Hakim Ali Zardari al frente del Comité de Cuentas Públicas, órgano parlamentario responsable de fiscalizar los gastos del Gobierno. La oposición elevó el tono de sus acusaciones y tildó de escandalosamente corruptos los chanchullos empresariales de los Zardari.

Hakim Ali era conocido en los círculos políticos y financieros pakistaníes como Mister 10%, en referencia a las comisiones que acostumbraría a cobrar a las empresas privadas que esperaban recibir contratos del Gobierno. Su hijo, un ávido jugador de polo en los clubs más exclusivos y amigo de exhibirse al volante de un ostentoso Mercedes-Benz de color blanco, no tardó en recibir el mismo infame apodo.

Próximo a cumplirse el primer año de su gobierno, Bhutto ya arrastraba un pesado fardo de fracasos en la política doméstica. La ruptura en octubre de 1989 del pacto con el MQM, entre denuncias por éste del incumplimiento por el PPP de su promesa de terminar con las discriminaciones laborales y educativas que afectaban a la minoría mohajir de Sindh, la dejó en una precaria situación parlamentaria, imposibilitando su plan de eliminar la Octava Enmienda de la Constitución, heredada de la dictadura, que entre otras prerrogativas facultaba al presidente de la República para disolver la Asamblea y cesar al Gobierno. En el Senado el oficialismo ya estaba en franca minoría. El paso del MQM a la oposición destruyó también la póliza de seguro contra la reanudación de la violencia sectaria en Sindh, junto con la Provincia de la Frontera del Noroeste (NWFP) única provincia gobernada por el PPP. La inflación y el desempleo aumentaron y se hicieron sentir con fuerza, decepcionando las expectativas de la población.

En la política exterior, Bhutto se propuso ampliar el horizonte diplomático de Pakistán, hasta entonces circunscrito a las relaciones de privilegio con Estados Unidos, China, Arabia Saudí y Turquía, pero sin menoscabo de las mismas. Así, Beijing fue el destino el 11 de febrero de 1989 de la primera salida al exterior de la primera ministra, que meses después, en junio, realizó su primera visita oficial a Estados Unidos, donde discursó en una sesión conjunta del Congreso. El 1 de octubre de 1989 el país retornó a la Commonwealth tras 17 años de autoexclusión (a raíz del reconocimiento por la organización anglófona de la independencia de Bangladesh), poniendo fin a años de frialdad en los lazos con el Reino Unido. Bhutto dirigió prontos gestos amistosos a la URSS de Mijaíl Gorbachov, a la que desmintió que Pakistán tuviera intenciones de invadir Afganistán para dar el golpe de gracia al desvalido régimen comunista de Najibullah o bien formar una "confederación afgano-pakistaní" basada en el

predominio de la tribu pashtún (según una propuesta hecha a sus protectores pakistaníes por el comandante fundamentalista mujahid Gulbuddin Hekmatyar), y a la India del primer ministro Rajiv Gandhi, a la que ofreció revivir el espíritu de Simla, del que habían sido artífices los respectivos progenitores.

La reunión sostenida por Bhutto y Gandhi el 29 de diciembre de 1988 en Islamabad, en los prolegómenos de la IV Cumbre de la Asociación de Asia del Sur para la Cooperación Regional (SAARC), y marcando el primer encuentro al máximo nivel en territorio pakistaní desde 1960, permitió la firma por los ministros de Exteriores dos días después de un histórico acuerdo por el que los dos países se comprometían a no atacar sus respectivas instalaciones nucleares. En julio de 1989 la capital pakistaní volvió a acoger un encuentro de los primeros ministros, con el rango de cumbre oficial esta vez, en el que todavía se respiró un cierto posibilismo.

Al comenzar 1990, sin embargo, el Gobierno de Bhutto ya hacía aguas por casi todos sus costados. El prometedor acercamiento a India quedó arruinado por la emergencia de tensiones militares en la disputada región de Cachemira, dando pie a Bhutto para verter duros reproches al nuevo Gobierno izquierdista de Nueva Delhi. En marzo, la dirigente agitó los tambores de una "guerra de mil años" con India por su represión de la insurgencia separatista cachemir al otro lado de la Línea de Control, subversión musulmana que contaba con el patrocinio indisimulado del ISI.

No menos preocupante se tornó la situación doméstica con la reanudación, al hilo de la ruptura de la coalición con el MQM, de la violencia intercomunal en Sindh, que las autoridades de Islamabad no dejaron de achacar a provocaciones indias. A partir de febrero, la proliferación de sangrientos pogromos perpetrados por elementos radicales tanto mohajires como sindhís militantes del PPP sumieron a la provincia y en particular a las ciudades de Hyderabad y Karachi, donde los mohajires constituían el grueso de la población, en un estado de virtual guerra civil. Incapaz de apaciguar los ánimos con el diálogo político, Bhutto recurrió a la represión policial sin contemplaciones, agravando el clima de terror y multiplicando el número de muertos.

En junio, Bhutto fue acusada por miembros de su propio partido de encarar el conflicto étnico en Sindh con desidia y cerrazón, y de complacerse en la ciega adulación de sus acaudillados más serviles. Al mismo tiempo, el FMI suspendió su asistencia crediticia debido al aumento del déficit presupuestario, que superó el 7% del PIB. En julio, arreciaron las imputaciones de corrupción contra el Gobierno y la familia Bhutto. Por otro lado, el jefe del Estado Mayor del Ejército, el general Beg, se tomó la libertad de mantener a la primera ministra ignorante de la inminente obtención de la bomba atómica por el programa nuclear secreto que los militares controlaban celosamente, pero la estadista se enteró de tan graves noticias a través de unos alarmados funcionarios estadounidenses. Al conciliábulo nuclear se sumó el presidente Ishaq, que como Beg dio largas a las exigencias de clarificación de la primera ministra.

En este escenario de violencia sectaria en Sindh, rumores prebélicos en Cachemira, intrigas de altos vuelos en Islamabad y crispación política en todo el país sobrevino la decisión de Ishaq, el 6 de agosto de 1990, mientras la opinión pública internacional estaba absorta con la crisis irako-kuwaití, de disolver la Asamblea Nacional, cesar al Gobierno en pleno y convocar elecciones anticipadas. Ishaq invocó sus poderes constitucionales y se justificó con la explicación de que Bhutto y sus ministros estaban llevando al país a un callejón sin salida con su venalidad, su nepotismo, su incompetencia y su inacción.

En particular, el jefe del Estado acusó a Bhutto de excarcelar a verdaderos criminales al socaire de la amnistía para los presos políticos, de fracasar en el sofoco de los disturbios en Sindh y aún de atizar éstos, de manipular el poder judicial y de valerse del aparato gubernamental para favorecer sus intereses particulares. El presidente declaró también el estado de emergencia ante la constancia de que la seguridad nacional estaba "amenazada por una agresión exterior y por la agitación interior", y nombró un gobierno provisional encabezado por Ghulam Mustafa Jatoi, quien era el jefe del Partido Nacional Popular (NPP), amén de fundador de la IJI y líder parlamentario de los Partidos de la Oposición Combinada (COP).

Bhutto calificó su destitución de "golpe de Estado ilegal e inconstitucional", acusó directamente al ISI y los elementos reaccionarios de las Fuerzas Armadas como instigadores del mismo, y expresó su confianza en regresar triunfalmente al poder en las elecciones generales del 24 y el 27 de octubre. Sin embargo, los comicios depararon un fuerte revés a la Alianza Popular Democrática (PDA) formada por el PPP y tres formaciones menores: en la Asamblea Nacional sólo obtuvo 45 diputados frente a los 105 de la IJI, que con Nawaz Sharif al timón asumió el Gobierno el 6 de noviembre.

La líder popular bramó contra el "fraude masivo y flagrante" que sus enemigos le habían impuesto, pero la verdad era que el tirón electoral de su partido se había desvanecido. Días después, la humillación electoral fue completa con la pérdida de la mayoría en la Asamblea provincial de Sindh. Su situación no podía ser más complicada, ya que desde el 10 de septiembre pesaba sobre ella una acusación formal por corrupción y abuso de poder, dictada por el Alto Tribunal de Lahore, sobre la base de dos presuntas ilegalidades en la contrata de un negocio de exportación algodónero y en el reclutamiento de una consultora para un proyecto eléctrico financiado por el Banco Asiático del Desarrollo; si era procesada, juzgada y hallada culpable, la ley la inhabilitaría para ser candidata electoral y desempeñar cualquier cargo público durante siete años.

La sensación de cerco se intensificó un mes después, en vísperas de las elecciones, cuando su marido, que acababa de ganar el escaño parlamentario, fue detenido y encarcelado a la espera de ser procesado por su presunta participación en el rapto y la extorsión de un empresario anglo-pakistaní que había desembolsado a sus captores 800.000 dólares. Desafiante, la nuevamente líder opositora deslegitimó ambas acciones judiciales por tratarse de una "venganza política" y una "caza de brujas".

### 3. Segundo ejercicio como primera ministra y nueva destitución presidencial

Desde el primer día de su remoción, Bhutto emprendió una agresiva contraofensiva política para regresar al poder. Estimulada por los desenlaces positivos de sus desventuras judiciales ?los cargos abiertos contra ella no dieron lugar a procesos, mientras que su marido, cuya inocencia defendió a capa y espada, fue ganando sus diferentes juicios por fraude bancario, extorsión y conspiración para el asesinato con un rosario de absoluciones, aunque en el ínterin continuó encarcelado-, la líder popular se dedicó a acosar verbalmente al primer ministro Nawaz Sharif y al presidente Ishaq, convertidos en las dianas de sus más furiosas invectivas.

En enero de 1992 consiguió ser elegida presidenta de la Comisión de Asuntos Exteriores de la Asamblea y el 18 de noviembre siguiente llevó al apogeo su campaña de desprestigio de los titulares del poder ejecutivo poniéndose al frente de una "larga marcha" que pretendía llevar desde Rawalpindi hasta la sede del Parlamento en Islamabad, separados por una veintena de kilómetros, a miles de partidarios con el objetivo confeso de provocar la caída del Gobierno de la PML y el adelanto electoral. Aunque la Policía dispersó violentamente a los marchistas y ella fue arrestada y deportada a su feudo de Karachi, Bhutto estaba convencida de que la situación política volvía a serle favorable.

La caída de Nawaz Sharif, cuyo gobierno se caracterizó por la reanudación de las grandes líneas de acción del anterior régimen de Zia en política interior ?islamización de la sociedad por ley, reversión de la estatalización de la época de Ali Bhutto mediante privatizaciones y desregulaciones- y un combate abierto al bandidaje y la violencia parapolicial en Sindh ?que el PPP en el poder había dejado medrar con absoluta pasividad-, se produjo, paradójicamente, en las mismas circunstancias que tres años antes habían producido el desalojo de Benazir: un forcejeo por el poder entre el jefe del Gobierno y la Presidencia de la República, con la Octava Enmienda como motivo de discordia, y la corrupción y la ineptitud como pretextos para la solución expeditiva. Así, en abril de 1993 el líder de la PML fue destituido por Ishaq, abriendo una crisis institucional que se complicó con la restitución del cesado por el Tribunal Supremo y que quedó zanjada en julio con la dimisión pactada y simultánea de los dos cabezas del Ejecutivo más la convocatoria de nuevas elecciones.

A las votaciones generales del 6 y el 9 de octubre de 1993, alabadas por su calidad democrática pero lastradas por la baja participación (el 41%), Bhutto acudió enarbolando un programa de ocho puntos, contenido en la llamada Agenda por el Cambio: la reducción del déficit presupuestario; la contención del déficit y el paro; el desarrollo de los recursos humanos; el fomento de la agricultura y la producción de energía; la protección de la maternidad y la infancia; la defensa activa de los Derechos Humanos; la lucha contra el tráfico de drogas; y, el relanzamiento de las relaciones internacionales.

Tal como se esperaba, más porque el boicot del MQM le beneficiaba particularmente, el PPP derrotó a la PML de Nawaz Sharif (PML-N, de la que se había desgajado la facción del recientemente fallecido ex primer ministro Junejo, PML-J), pero con una mayoría bastante magra, para decepción de Bhutto: con el 38% de los votos, de hecho tres puntos porcentuales menos que la PML-N, el hasta ahora primer partido de la oposición creció en la Asamblea Nacional hasta los 86 escaños. De ellos, cuatro se quedaron en la familia Bhutto: fueron para Benazir, la begum Nusrat y, como novedad, Asif Ali y Hakim Ali Zardari.

Incluso Murtaza, el hermano réprobo que se había pasado años refugiado en Damasco para eludir la condena impuesta en rebeldía por un tribunal militar como culpable del secuestro de un avión de pasajeros en 1981, quiso aclarar su turbio historial haciéndose con un mandato parlamentario, que en su caso consiguió en la Asamblea de Sindh, donde candidateó con éxito como independiente y enfrentado al PPP. Sin embargo, tan pronto como retornó a Pakistán para ocupar su escaño provincial tras 16 años de exilio, Murtaza Ali Bhutto fue arrestado por la Policía sindhí con el beneplácito de su hermana, que ya nunca iba a perdonarle su actitud sediciosa e insumisa.

En puridad, el vencedor de las legislativas fue la IJI con 105 escaños. Pero el resultado globalmente positivo para el PPP en las asambleas provinciales, con mayoría simple en la NWFP, mayoría avasalladora en Sindh y un excelente rendimiento en Punjab -donde pisó los pies a la PML-N-, convirtió a Bhutto en el candidato a primer ministro más plausible. El 19 de octubre, luego de ser designada por el presidente de la República en funciones, Wasim Sajjad, y de negociar el respaldo adicional de un puñado de parlamentarios independientes y de pequeños partidos regionales, Bhutto fue investida con el voto favorable de 121 diputados primera ministra de un gabinete de coalición con la PML-J, alianza bipartita que se extendió a los gobiernos de Sindh y Punjab, y que supuso un doloroso órdago para Nawaz Sharif.

El arranque del segundo ejercicio gubernamental de Bhutto produjo una intensa sensación de déjà vu promisorio; así, había llegado la hora de transformar el país en pro de la justicia social y la democracia, atender las necesidades de las masas desfavorecidas, hacer respetar los Derechos Humanos, poner coto a la corrupción generalizada y sacar a Pakistán del "aislamiento internacional". El flamante gobierno presentó un "nuevo contrato social" basado en la descentralización administrativa y la entrega de títulos de propiedad a los campesinos sin tierras. El 13 de noviembre Bhutto apuntaló su posición con la elección parlamentaria del candidato del PPP, Farooq Leghari, ministro de Finanzas y de Exteriores de su primer gobierno, para el puesto de presidente de la República. Bhutto confiaba plenamente en Leghari, quien incluso se declaró listo para apoyar cualquier iniciativa gubernamental dirigida a abrogar la controvertida Octava Enmienda, lo que requería el respaldo de dos tercios del Parlamento.

Nadie imaginaba entonces que este segundo gobierno iba a terminar para Bhutto exactamente igual que el primero: truncado por la aplicación, decididamente abusiva ya, de un mecanismo constitucional que pertenecía al legado de Zia ul-Haq y en medio de una ola de violencia intercomunitaria. Aún peor, todos los desaciertos, vicios e impedimentos diagnosticados a la gestión del PPP entre 1988 y 1990 se repitieron, con mayor intensidad si cabe, entre 1993 y 1996.

Una vez iniciado 1994, la primera ministra encajó estallidos de violencia confesional y étnica en cascada. Esta escalada sin precedentes en la conflictividad sectaria incendió sucesivamente la NWFP, donde fundamentalistas tribales pashtunes proclamaron una "jihad" para imponer la

sharía, Punjab, escenario de masacres entre extremistas sunníes y shiíes, Karachi, sumida en una verdadera guerra civil que enfrentó por una parte a sindhís del PPP y mohajires del MQM, y por la otra a facciones rivales de este último movimiento, y las turbulentas Áreas Tribales Federalmente Administradas (FATA), porción de territorio encajonado entre la NWFP y la frontera afgana, que gozaba de un estatus semiautónomo de hecho, donde el Ejército, inhibido en otros lugares, intentó acabar con el floreciente negocio del contrabando, hallando fuerte resistencia entre tribus pashtunes locales que además, particularmente en el distrito de Kurram, se enfrentaron entre sí por diferencias de credo musulmán.

El balance fue de miles de muertos en todo Pakistán; sólo en Karachi y en 1995 se registraron más de dos millares de víctimas, no pocas de las cuales había que achacar a los desmanes represivos del cuerpo paramilitar de los ranger. Por si fuera poco, el país se estremeció con una serie de atentados terroristas indiscriminados, la mayoría de autoría anónima, que causaron un centenar largo de muertos en Islamabad (noviembre de 1995), Peshawar (diciembre de 1995) y Lahore (abril y julio de 1996).

La clase política de Islamabad no hizo gran cosa para serenar tan calamitosa situación. Nawaz Sharif no perdió ni un minuto en pagarle a Bhutto con la misma moneda y se afanó en desestabilizar el Gobierno con cualquier pretexto. El mayor partido político confesional sunní, la Asociación Islámica (Jamaat-e-Islami, Jel), secundó la campaña de erosión con huelgas y manifestaciones.

Pero la cota de responsabilidad era más achacable a la primera ministra desde el momento en que el auge del islamismo radical, el trasiego de armas y el tráfico de opiáceos estaba directamente conectado con las intromisiones en los conflictos regionales de Cachemira y Afganistán, atizados sin recato por el Estado pakistaní para proporcionarle "profundidad estratégica" frente al adversario inveterado, India. En este terreno, el Gobierno de Bhutto se apuntó un éxito, la conquista militar de la mayoría de Afganistán por el movimiento talibán, que el tiempo iba a revelar como pírrico, ya que al apostar por el partido islamista más fanático e intolerante del drama bélico afgano, Pakistán contribuía a diluir su propia seguridad nacional, la autoridad de sus instituciones y hasta sus fronteras internacionales.

Tras tomar posesión, Bhutto lanzó una ofensiva diplomática para llamar la atención internacional sobre la represión practicada por Nueva Delhi contra los soberanistas de la Cachemira india y reclamar a la ONU que desempolvara la vieja idea de celebrar un referéndum sobre el estatus del territorio, para el que ella reclamaba el derecho a la autodeterminación. Este intento de internacionalizar el conflicto cachemir fracasó, en parte porque Estados Unidos consideraba a algunos de los grupos guerrilleros que cruzaban la Línea de Control para combatir a las tropas indias organizaciones de naturaleza terrorista y meras criaturas de los servicios de inteligencia pakistaníes.

Pese a ello, y pese, sobre todo, a que Islamabad no detuvo el proceso de enriquecimiento de uranio para potencial uso militar y siguió adquiriendo misiles balísticos a China, Bhutto consiguió que la Administración de Bill Clinton desbloqueara la entrega de aviones de combate ya comprados y soslayara las disposiciones de la propia legislación estadounidense que prohibían suministrar armamento convencional a un país que persiguiera dotarse de la bomba atómica y rehusara someterse al Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP).

El otro gran objetivo de Bhutto en política exterior era tender vías estables de comunicación con las repúblicas soviéticas de Asia Central, ricas en recursos naturales (algodón, hidrocarburos) susceptibles de ser exportados al resto del mundo por una vía meridional con salida al océano y alternativa a las rutas rusas e iraní: por Pakistán. La clave era, naturalmente, Afganistán, país intermedio que seguía sumido en la guerra civil, librada ahora entre las distintas facciones mujahidín que se disputaban Kabul y otras plazas fuertes después del colapso del antiguo régimen prosoviético en 1992.

En octubre de 1994, con la Embajada pakistaní en Kabul y las fronteras cerradas a causa del

recrudescimiento de los combates, Bhutto se entrevistó en la capital de Turkmenistán, Ashgabat, con los señores de la guerra Rashid Dostum, jefe de las milicias uzbekas del norte, e Ismail Khan, el poderoso gobernador proiraní de la ciudad de Herat, para sondear la apertura del tráfico rodado entre Quetta, en Balochistán, y Ashgabat a través de Kandahar y Herat.

Justo cuando se desarrollaban estas negociaciones irrumpió en la provincia sureña de Kandahar, con fiereza inusitada, el movimiento religioso-guerrillero de los talibán, que era el fruto de años de enseñanza a miles de jóvenes refugiados afganos y antiguos mujahidín de la doctrina deobandi, una versión ultrarrigorista del sunnismo local y próxima al wahhabismo saudí, en madrasas o escuelas coránicas concentradas en el noroeste de Pakistán y particularmente en las zonas de mayoría pashtún, etnia que es también predominante en buena parte de la mitad meridional de Afganistán. Estas madrasas estaban regidas por ulema y maulanas pertenecientes a la Asociación de Ulema Islámicos (Jamiat Ulema-e-Islami, JUI).

Invocando la purificación moral y la teocracia, y guiados por el enigmático e iluminado mullah Mohammad Omar, los talibán desataron una verdadera guerra relámpago contra todas las facciones mujahidín y los caudillos regionales, principiando una cadena ininterrumpida de victorias en el oeste, el norte y el este de Afganistán. En 1995 el Gobierno de Bhutto, sometido a las presiones determinantes de la red pashtún en el ISI y el Ejército, decidió abandonar a la guerrilla de Gulbuddin Hekmatyar, el Hezb-i-Islami, y apostar sin reservas por los talibán, sobre los que comenzó a caer un maná de dinero, armas, bienes y servicios, en buena parte facilitado también de Arabia Saudí.

Semejante injerencia tuvo un coste elevado. En primer lugar, mientras la victoria final de los talibán se hacía esperar, la prosecución de la guerra posponía sine die el funcionamiento de la carretera que comunicaba a Pakistán con Turkmenistán a través de las provincias afganas de Kandahar, Helmand, Farah y Herat. Todavía más inviable se mostraba la vía de comunicación más corta con Asia Central, la que partiendo de Peshawar y cruzando el Paso del Khyber llegaba a Kabul y conducía en derechura al norte. Peor aún, resultó inevitable el deterioro de las relaciones con Irán, Rusia, Uzbekistán y Tadjikistán, que apoyaban al gobierno mujahidín atrincherado en Kabul y al conjunto de milicias de tadjikos (persáfonos sunníes), uzbekos (turcófonos sunníes) y hazaras (persáfonos shiíes), y, por extensión, con India.

Bhutto y los generales esperaban que los talibán les sirvieran como una especie de punta de lanza de sus apetencias estratégicas en Asia Central, pero aquellos tenían sus propios objetivos en Afganistán y no se resignaban a ser simples peones de sus patrocinadores pakistaníes. Al contrario, el dominio talibán sobre Afganistán iba a provocar, como años después iba a mostrarse dramáticamente, la talibanización de las áreas fronterizas de Pakistán, convertidas en el semillero y la universidad de una variada mezcla de extremistas procedentes de todo el orbe musulmán.

Ya entonces Bhutto se percató de la amenaza que entrañaba la reorganización de los árabes afganos, antiguos jihadistas antisoviéticos que reclutaron a nuevas generaciones de militantes para sus tramas subversivas, destacándose en especial la red Al Qaeda orquestada por el renegado saudí Osama bin Laden, enemigo declarado de Estados Unidos, Israel y el mundo occidental. Pero la primera ministra carecía de la fuerza, y seguramente también de la voluntad, para poner coto a sus andanzas. Atrapada entre las imposiciones de los militares y sus propias contradicciones, Bhutto favoreció la emergencia de un fenómeno, los talibán, que años después iba a dar lugar a una simbiosis incendiaria trufada de solidaridades tribales y religiosas, con fatales consecuencias para su país y para ella misma.

Por lo que se refiere a la economía, en 1995 el FMI suspendió una facilidad para el ajuste estructural por valor de 1.500 millones de dólares ante el incumplimiento por el Gobierno de las metas de reducción del déficit de un presupuesto cuyas dos terceras partes seguían destinándose a los gastos militares y al pago de la deuda externa. El organismo crediticio y los acreedores internacionales continuaron presionando a Bhutto para que avanzara en las

privatizaciones, acentuara la austeridad y pusiera coto a la inflación, que rebasó el índice del 10% anual. Ante la contracción de las exportaciones, la caída también de las remesas de los emigrados y la evaporación de las reservas internacionales, el Gobierno optó por devaluar la rupia un 7% y tasar las importaciones con un arancel especial del 10% en octubre de 1995. Sin embargo, se negó a gravar las rentas agrícolas, para no indisponerse con los terratenientes, y se cruzó de brazos ante la galopante evasión tributaria. En líneas generales, la realidad cotidiana de inseguridad, corrupción, huelgas y violencia político-religiosa convertía a Pakistán en un país muy poco atractivo para la inversión foránea.

1996, pese a la conquista de Kabul el 26 de septiembre por los talibán, que hacía concebir esperanzas de la pronta apertura de un corredor comercial hasta Asia Central, fue lo más parecido a un *annus horribilis* para Bhutto. Con India, volvió a llegarse a las manos en el disputado glaciar de Siachen, donde hubo encontronazos entre las tropas de tierra y combates aéreos. El Tribunal Supremo resistía los intentos de manipulación del Gobierno y dictó algunas disposiciones contrarias a sus intereses en un intento de subrayar su independencia política. En la NWFP, Punjab y las FATA se sucedían las violencias de diverso signo. A mayor abundamiento, arreciaron las trifulcas familiares, que mostraron con toda crudeza la pelea que enfrentaba a los Bhutto por el control dinástico del PPP.

Tras ser puesto en libertad, Murtaza Bhutto activó su propia agrupación política, el Partido Popular de Pakistán-Mártir Bhutto (PPP-SB), y arremetió contra su hermana, a la que reprochó haberse desviado de los principios socialistas acuñados por el padre y, con más virulencia, contra su cuñado, al que echó en cara su venalidad, nuevamente evidenciada desde su puesto de presidente del Consejo Medioambiental de Pakistán. La begum Nusrat se puso de parte de su hijo, provocando que su primogénita, furiosa, la despojara del cargo de copresidenta del partido en diciembre de 1993. Este hecho marcó el principio del ocaso político de la viuda de Ali Bhutto, y, aunque posteriormente se reconcilió con Benazir, ya nunca saldría de las sombras. Aquejada de una dolencia cardíaca y de la enfermedad de Alzheimer, la begum terminaría marchándose a vivir a Dubai, pero sobreviviría a su hija. Por si fuera poco, Benazir se enemistó también con su influyente tío en segundo grado, Mumtaz Bhutto, que frustrado con el liderazgo absoluto de su sobrina sobre el PPP lanzó el Frente Nacional de Sindh (SNF) y se erigió en tribuno del nacionalismo sindhí.

La pendencia entre Murtaza Bhutto y el matrimonio Bhutto-Zardari subió de tono en el verano de 1996. A finales de julio, Benazir elevó el rango funcional de su esposo nombrándole ministro de Inversiones, un puesto del Gabinete creado ex profeso. Poco antes o poco después debió de ocurrir un violento encontronazo físico entre los cuñados en el que, de creer la versión difundida por medios pakistaníes, Murtaza le arrancó de cuajo medio bigote a Zardari, quien se sintió profundamente vejado. Casualidad o no, el 20 de septiembre el hermano de la primera ministra se dirigió con un séquito de escoltas a su casa en Karachi cuando decenas de policías les salieron al encuentro y acribillaron a balazos los vehículos en los que viajaban, matándole a él y a seis acompañantes. Otras versiones del crimen apuntan que Murtaza no falleció en el acto, sino que fue rematado a quemarropa o bien dejado morir con privación de asistencia médica. Su viuda, Ghinwa, de origen libanés, imputó de inmediato la emboscada a Zardari.

El asesinato impune de Murtaza Bhutto puso en situación muy delicada al Gobierno de su hermana, que ya estaba tocado por las atronadoras acusaciones de corrupción contra los Zardari. Además, circulaba el rumor de que influyentes clanes militares y de la comunidad de inteligencia estaban conspirando contra la primera ministra, quien precisamente dirigió su dedo acusador contra estos círculos de uniformados anónimos, amén de contra el presidente de la República, a la hora de buscar culpables del crimen contra su hermano.

El 5 de noviembre de 1996, Leghari, en un movimiento sorpresa, decretó la disolución de la Asamblea Nacional y el final del mandato de la primera ministra aduciendo las mismas razones que Ishaq Khan en 1993 y otras más: corrupción masiva, nepotismo, obstrucción de la acción judicial, falsas imputaciones al jefe del Estado y al Ejército, homicidio injustificado de cientos de

supuestos terroristas en Karachi, impericia en la gestión económica y complicidad en la muerte de Murtaza Bhutto. "La fe pública en la integridad y la honestidad del Gobierno ha desaparecido", afirmó quien fuera secretario general del PPP y devoto lugarteniente de Ali Bhutto.

Mientras Bhutto iniciaba un arresto domiciliario que se prolongó algunos días y su esposo era ingresado en prisión como sospechoso de implicación en la muerte de su cuñado, Malik Miraj Khalid, un antiguo presidente de la Asamblea Nacional y miembro del PPP, se hizo cargo de un Gobierno interino con la misión de organizar elecciones generales para el 3 de febrero de 1997. Por otro lado, el Tribunal Supremo validó la acción presidencial por seis votos contra uno.

#### 4. Una década en la oposición, el exilio y la picota judicial

La destitución presidencial de 1996 significó para Bhutto el comienzo de otra etapa vital cuajada de amargas dificultades que la píldora del poder, arrebatada, no podía dulcificar. En las elecciones de febrero de 1997, lastradas por la elevada abstención (el 65%-, el PPP sufrió un descalabro sin precedentes al no ser capaz de capturar más que 18 escaños en la Cámara baja. Su encarcelamiento no impidió a Zardari competir por un escaño en el Senado, que ganó.

El regreso al Gobierno de Nawaz Sharif garantizó la multiplicación de las pesquisas judiciales contra el matrimonio Bhutto-Zardari, que en septiembre de 1997 vio congeladas, a petición de Islamabad, unas cuentas bancarias en Suiza por valor de 20 millones de francos suizos, cerca de 14 millones de dólares al cambio del momento, dinero que según la policía judicial pakistaní procedía de los sobornos cobrados por el ex ministro de Inversiones a diferentes compañías europeas y árabes a cambio de sustanciosos contratos de compra y licencias de importación adjudicados por el Gobierno del PPP. Entre los pagadores estarían el fabricante de aviones de combate francés Dassault, la empresa polaca de tractores Ursus y un marchante de oro de Dubai. Los gobiernos de los tres países facilitaron a su homólogo pakistaní documentación comercial y financiera que sirvió de base para formular las acusaciones de corrupción, pero la pareja tachó en todo momento las imputaciones penales que se les hacían como un burdo montaje urdido por sus enemigos políticos.

En abril de 1998, poco antes del revuelo internacional que causaron las detonaciones atómicas de India y Pakistán en mayo, fueron la totalidad de los fondos bancarios y las propiedades personales y empresariales del matrimonio los que quedaron bloqueados por decisión de dos paneles especiales de jueces pakistaníes. Los bienes intervenidos fueron valorados en varios cientos de millones de dólares. En julio, mientras su marido era enjuiciado en casa junto con otros 18 acusados por el asesinato de Murtaza, tras eludir una primera orden emitida por el Alto Tribunal de Karachi, Benazir regresó de Dubai para comparecer ante el Alto Tribunal de Lahore y defenderse de los cargos de corrupción que los fiscales le imputaban.

En agosto, el magistrado helvético Daniel Devaud solicitó el procesamiento del matrimonio por su presunta implicación en una trama de lavado de dinero procedente de sobornos de corporaciones privadas. En el memorando entregado por Devaud a las autoridades pakistaníes se hacía constar el empleo de varias empresas como tapadera para ocultar dinero obtenido ilegalmente y la compra por ella en Londres de un espectacular collar de diamantes valorado en 175.000 dólares, joya que había sido confiscada en una caja de seguridad de un banco de Ginebra. El escándalo estaba servido. A comienzos de octubre, la corte punjabí emitió el procesamiento reclamado desde Suiza y en noviembre repitió la diligencia en relación con el negocio de la compra de los tractores polacos.

Aunque su honestidad estaba gravemente cuestionada y la más que oscura reputación de Zardari, independientemente de si sus corrupciones podían ser demostradas ante un tribunal o no, era un lastre sumamente incómodo para su carrera, Bhutto parecía crecerse ante la adversidad. Siempre altiva y retadora, se alió con el izquierdista Partido Nacional Awami (NAP) de Khan Wali Khan, lo que le permitió extender su influjo entre los pashtunes laicos y progresistas, y se comprometió a impedir que Pakistán deviniera, por culpa del neoislamismo de Nawaz Sharif cuyo Gobierno acababa de introducir una reforma del Código Penal para incluir castigos

islámicos que por su carácter drástico traían a las mentes los procedimientos bárbaros de los talibán-, un Estado "teocrático, autoritario, aventurero, centralista, chovinista y en bancarrota". Como en 1990-1993, exigió sin desmayo la dimisión del Gobierno de la PML-N y la celebración de elecciones anticipadas.

El 15 de abril de 1999, encontrándose en Londres de manera supuestamente temporal - aprovechando la libertad de movimientos que el juez que llevaba su caso le había concedido en diciembre- y recién proclamada por sus huestes presidenta vitalicia del partido, Bhutto se encontró con que el Alto Tribunal de Lahore les hallaba culpables a ella y a su marido de cobrar comisiones ilegales por valor de 4,3 millones de dólares a las firmas suizas Société Générale de Surveillance (SGS) y Cotecna, por lo que les imponía sendas condenas a cinco años de prisión, el pago de una multa de 8,6 millones de dólares, la confiscación de sus inmuebles y la inhabilitación para el desempeño de cualquier cargo público durante 10 años. Un veredicto así amenazaba con sepultar para siempre la accidentada carrera política de la hija de Ali Bhutto.

La rea en ausencia anunció su intención de regresar a Pakistán para apelar en persona en el Tribunal Supremo una sentencia que estaba "motivada políticamente", pero ante la perspectiva de ser arrestada y metida en prisión, pasando a compartir infortunio con su esposo, se lo pensó mejor y optó por convertir su estancia londinense en un autoexilio permanente. No se privó, eso sí, de arrojar los más deletéreos dardos contra Nawaz Sharif, al que acusó de conspirar contra ella en contubernio con, nada menos, Osama bin Laden.

En los meses y años siguientes, Bhutto, a caballo entre Londres y Dubai, donde atendía a sus hijos y a su madre enferma, luchó contra el olvido y para sacudirse de encima la etiqueta de cadáver político que muchos, prematuramente, le habían endilgado. Así, frecuentó los comunicados políticos, las entrevistas periodísticas y las comparecencias en foros internacionales como el Consejo de Mujeres Líderes Mundiales (CWWL), donde hizo buenas migas con personalidades como la canadiense Kim Campbell, la irlandesa Mary Robinson y la noruega Gro Harlem Brundtland. También, siguió cultivando su amistad con la senadora Hillary Clinton, a la que conocía desde su etapa de primera dama de Estados Unidos.

De paso, fue una observadora atenta de la sucesión de turbulencias, a cual más inquietante, que sacudió su país. El 12 de octubre de 1999, a continuación de la enésima escalada militar con India por y en Cachemira, el Gobierno de Nawaz Sharif fue derrocado en un golpe de Estado incruento encabezado por el general Pervez Musharraf, al que el anterior había destituido en la víspera como jefe del Estado Mayor, el cual cerró la Asamblea Nacional, suspendió la Constitución, declaró el estado de emergencia y lanzó una purga de altos funcionarios de la PML-N asociados a prácticas ilícitas.

La reacción inicial de Bhutto fue felicitarse por la remoción de su antagonista político (Nawaz Sharif iba a ser juzgado y condenado a cadena perpetua por cargos de corrupción, terrorismo y piratería aérea antes de ser autorizado, en diciembre de 2000, a exiliarse en Arabia Saudí con el compromiso de automarginarse de la política durante una década), elogió a Musharraf como un "moderado", deslizó su expectativa de que la nueva autoridad castrense pusiera término a la "persecución judicial" de la que ella era objeto y hasta ofreció a los militares su experiencia de primera ministra para "establecer un régimen democrático" en Pakistán.

Ahora bien, ante la postergación por Musharraf de las elecciones parlamentarias, de las que debía salir un gobierno civil, hasta el otoño de 2002 y su decisión de concentrar en sus manos la jefatura del Gobierno y la Presidencia de la República, la dirigente exiliada adoptó un tono mucho más crítico y exigente. En diciembre de 2000 no dejó de incluir al PPP en la Alianza para la Restauración de la Democracia (ARD), un frente de 18 partidos cuyo líder moral era el veterano político demócrata Nawabzada Nasrullah Khan. Posteriormente, el 7 de abril de 2001, saboreó un triunfo pasajero con la sentencia favorable a su apelación dictada por el Tribunal Supremo, que invalidó la condena de 1999 a cinco años de cárcel por el asunto de los sobornos suizos y ordenó la repetición del juicio. La victoria legal dio paso a un amago de

retorno al país, pero Musharraf se encargó de frenar en seco estas expectativas al asegurar que la ex primera ministra no iba a quedar impune. Dicho y hecho, el 9 de junio una corte especial anticorrupción de Rawalpindi, basándose en la auditoría presentada por la Oficina Nacional de Cuentas, impuso a Bhutto una condena de tres años de prisión por obstrucción reiterada de la acción de la justicia.

Tras los atentados cometidos por Al Qaeda el 11 de septiembre de 2001, el comienzo de la campaña bélica multinacional encabezada por Estados Unidos contra el régimen afgano que daba cobijo a bin Laden- y el estallido en Pakistán de furiosas protestas de los pequeños pero estridentes partidos integristas pro talibán que se oponían a que Musharraf cooperase en la operación antiterrorista global y que alzaron la bandera de una revolución jihadista en el propio Pakistán, Bhutto se pronunció inequívocamente a favor de derrotar militarmente a los talibán y de llevar ante la justicia a los autores de la hecatombe terrorista de Nueva York y Washington. Además, se identificó a sí misma como un "objetivo" de Al Qaeda y aseguró que bin Laden venía intentando acabar con ella desde 1989.

En 2002, otras dos condenas judiciales por los magistrados de Rawalpindi, la primera, en mayo, a tres años de prisión por no comparecer ante el tribunal, y la segunda, en julio, a tres años de trabajos forzados por dejarse sobornar en 1994 por una firma de Dubai a cambio de una licencia de importación de oro, así como la arbitraria decisión por Musharraf, también en julio, de prohibir a todo ex primer ministro que ya hubiera servido dos mandatos la postulación a un tercero, no arrojaron a Bhutto, la cual estrenó el año anunciando el boicot del PPP, junto con los demás partidos de la ARD - inclusive la PML de Nawaz Sharif-, al referéndum nacional que el 30 de abril, sin las mínimas garantías y con claros signos de fraude, confirmó a Musharraf en la Presidencia hasta 2007. Igual rechazo frontal opuso Bhutto al decreto legal del 21 de agosto, por el que el general-presidente se arrogaba unos poderes comparables a los atribuidos por la Octava Enmienda - anulada por Nawaz Sharif en 1997- e institucionalizaba la supervisión del Gobierno por el Ejército.

Aunque rechazaba el traje jurídico confeccionado por Musharraf a su medida, Bhutto descartó boicotear las elecciones legislativas del 10 de octubre de 2002 con el fin de impedir que los partidarios civiles del dictador, procedentes sobre todo de una PML sumida en el cisma, coparan el sistema pseudoparlamentario en ciernes. A principios de agosto, para ahorrarse posibles impedimentos legales, sus lugartenientes solicitaron y obtuvieron el registro de una formación nueva llamada Partido Popular de Pakistán-Parlamentarios (PPPP), que aseguraba tenerla a ella, no como presidenta, sino como "guía". Esta argucia no impidió que Bhutto viera vetada su candidatura a diputada debido a su condición de convicta de la justicia. Con todo, el PPPP, reflejando su condición de partido más identificado por el pueblo con la causa de la democracia, se aupó al primer puesto con el 25,8% de los sufragios y 71 escaños, si bien pisado en los talones (25,7% y 69) por la conservadora Liga Musulmana de Pakistán-Quaid-e-Azam (PML-Q), que agrupaba a los cooperantes con el régimen de Musharraf.

Los observadores de la Unión Europea acusaron a las autoridades electorales de manipular el escrutinio en favor de la PML-Q, y la percepción de una distorsión de las preferencias del electorado se reforzó días más tardes con la adjudicación definitiva de las cuotas de diputados, inclusive los 60 reservados a mujeres y los 10 para las minorías étnicas y religiosas, en función de los resultados obtenidos por cada partido en la elección directa. Tras esta operación, la PML-Q se erigió en la primera fuerza de la Asamblea con 118 de los 342 legisladores, mientras que el PPPP sólo recibió una decena de escaños más.

Bhutto, inopinadamente, entabló negociaciones para formar un gobierno de coalición con el Consejo Unido para la Acción en Pakistán (MMA), una coalición de seis partidos integristas, los mismos que habían excitado las algaradas antigubernamentales de 2001. En un primer momento pareció prosperar esta fórmula, pero su importante convergencia táctica, la oposición a Musharraf, no fue suficiente para superar las enormes diferencias ideológicas de fondo. Es más, una coalición gubernamental entre Bhutto y el maulana deobandi Fazal ur-Rehman, líder de la principal facción de la JUI y uno de los máximos mentores de los talibán, habría

arruinado la credibilidad de la ex primera ministra cuando insistía en calificarse de valladar frente al terrorismo y el extremismo en su país. Finalmente, salió a flote la opción de un gobierno de la PLM-Q en solitario, presidido por su secretario general, Mir Zafarullah Khan Jamali, un dirigente conservador beluchi. El 21 de noviembre Jamali fue investido por la Asamblea Nacional primer ministro con 172 votos frente a los 86 obtenidos por Fazal y los 70 del postulante del PPPP, Shah Mahmood Quereshi, jefe del PPP punjabí.

A vueltas con la justicia, el 6 de agosto de 2003 un tribunal suizo impuso al matrimonio Bhutto-Zardari sendas condenas a seis meses de prisión, una multa compartida de 100.000 dólares y la obligación de pagar al Gobierno pakistaní 11,7 millones de dólares, cantidad equivalente a los sobornos recibidos, como culpables de un delito de lavado de dinero, si bien la pena carcelaria quedó en suspenso. En noviembre siguiente, a Bhutto le llegó del país europeo la buena noticia de que un tribunal de Ginebra, en respuesta a su apelación, anulaba la primera sentencia tras hallar inconsistentes las pruebas. Una de arena entre dos de cal, ya que en julio de 2004 la magistrada Christine Junod dictó el procesamiento de la ex primera ministra por lavado de dinero de manera agravada. Si Bhutto era finalmente juzgada in absentia en Suiza y hallada culpable, le podían caer hasta cinco años de cárcel y una multa de hasta un millón de francos suizos.

En cuanto a Zardari, en septiembre de 2004, poco después de obtener su partido la membresía en la Internacional Socialista, vio anulada la condena a siete años de cárcel que le habían impuesto por recibir sobornos nueve años atrás de la siderúrgica estatal Pakistan Steel Meels. Puesto que aguardaba juicio por otros nueve casos de presunta corrupción y actos criminales, Zardari prolongó su situación de prisión preventiva, pero el 22 de noviembre el Tribunal Supremo dictó su libertad condicional previo pago de una fianza de 16.900 dólares.

El último día del año, luego de sortear un postrero y brevísimo arresto por orden de un tribunal de Karachi que le había imputado en el caso del asesinato de un juez y su hijo en 1996, el problemático político tuvo un emocional reencuentro en Dubai con su esposa e hijos, después de cinco años y medio de separación y de ocho años de privación de libertad, en el curso de los cuales, de creer su testimonio y el de Bhutto, había sido sometido a vejaciones y torturas, tratamiento tanto más execrable cuanto que padecía de diabetes y problemas cardíacos. De los 18 procesos abiertos contra él, ninguno había terminado con una sentencia condenatoria en firme. En lo sucesivo, se movería entre Dubai, Nueva York, Londres y Lahore, alternando los contactos con su esposa, los tratamientos médicos y los intentos de relanzar su carrera política en Pakistán.

#### 5. Pacto con Musharraf para el regreso a Pakistán

El incumplimiento por Musharraf de su promesa de separarse de la jefatura del Ejército, prolongando por tanto su doble rol de general al mando y presidente de la República con arrogada legitimidad constitucional, tuvo la virtud de acercar a dos acérrimos oponentes, Bhutto y Nawaz Sharif, que se habían atacado mutuamente con la mayor de las sañas pero que ahora eran compañeros de desventura en el exilio, autoimpuesto en el primer caso y forzoso en el segundo.

En febrero de 2005 los dos antiguos primeros ministros sostuvieron en la ciudad saudí de Jeddah una cumbre sin precedentes en la que se habló de "responsabilidad" "cooperación" y "superación de errores pasados", y se decidió redactar una Carta de la Democracia. El 15 de mayo de 2006 los dirigentes volvieron a encontrarse en Londres para estampar su firma al manifiesto, donde proclamaban la necesidad de abrogar todas las enmiendas y añadidos legales impuestos por Musharraf a la Constitución de 1973, y de celebrar elecciones "libres, limpias y transparentes". Los dos signatarios subrayaron su intención de retornar a Pakistán para participar en los próximos comicios, previstos para finales de 2007 o principios de 2008. En el caso de Bhutto, esa perspectiva ganó incertidumbre luego de dictarle la Interpol una orden de arresto en su condición de prófuga de la justicia y de recordarle el Gobierno pakistaní que estaba vetada para concurrir en elecciones.

Al iniciarse 2007, Pakistán descendía inexorablemente por un abismo de violencia político-

religiosa. Se multiplicaban tanto los atentados terroristas urbanos de factura al Qaeda como los combates en toda regla entre el Ejército y los cada vez más numerosos y belicosos grupos de milicianos integristas, jehadistas extranjeros, infiltrados talibán y tribus aliadas de bin Laden, librados en las FATA, particularmente en los distritos de Waziristán del Norte y Waziristán del Sur, y en puntos aledaños de la NWFP y Beluchistán. En estos lugares la situación era de virtual guerra civil, y, peor aún, mezclada parcialmente ya con la guerra antitalibán que con unas perspectivas cada vez más sombrías venían sosteniendo las tropas de la OTAN y Estados Unidos en el sur de Afganistán.

La oposición armada de los extremistas sunníes al régimen autocrático de Musharraf se recrudeció en julio tras el desenlace de la crisis de la Mezquita Roja de Islamabad, cuya captura por cientos de estudiantes deobandis liderados por los hermanos clérigos Abdul Aziz y Abdul Rashid Ghazi desembocó en el asalto del Ejército y en un baño de sangre. Bhutto alabó a Musharraf por su postura de firmeza y dureza durante esta crisis. En pocos meses, se contabilizaron no menos de 3.000 víctimas mortales, entre rebeldes, civiles y soldados, como resultado de los atentados terroristas, las emboscadas guerrilleras y las operaciones militares. En el frente opositor civil, adquirió gran relevancia el juez Iftikhar Mohammad Chaudhry, quien emprendió una campaña de resistencia pacífica al régimen después de que Musharraf le destituyera como jefe del Tribunal Supremo.

Tras la masacre de la Mezquita Roja, que puso contra las cuerdas a su problemático aliado regional en la lucha global contra el terrorismo, la Administración estadounidense de George W. Bush se planteó la necesidad de propiciar un pacto entre Musharraf y Bhutto como la única solución para levantar el peligroso bloqueo político y frenar el rápido deterioro de la seguridad en Pakistán, un país cuya cooperación era vital para capturar a los líderes de Al Qaeda ?probablemente refugiados en las FATA- y para afrontar con un mínimo de optimismo la guerra contra los talibán, y que, no debía olvidarse, poseía armas atómicas.

El 29 de agosto Bhutto dirigió a Musharraf una suerte de ultimátum para que en el plazo de 48 horas respondiera a su oferta de facilitar su reelección presidencial en octubre por otro quinquenio, con dos condiciones: que el general previamente se desprendiera de la jefatura del Ejército y colgara el uniforme, y que ella pudiera presentarse a las legislativas y optar al puesto de primer ministro, ahora titularizado por Shaukat Aziz, de la PML-Q, lo que llevaba implícitos la abrogación de la prohibición del tercer mandato y de paso la cancelación de sus cuentas con la justicia. La verdad era que la líder opositora y los representantes del régimen, animados por Estados Unidos, llevaban semanas negociando en la trastienda; es más, a últimos de julio, Bhutto y Musharraf celebraron en Abu Dhabi una reunión secreta, como ambas partes reconocieron posteriormente. Transcurrido un mes desde el inicio de las conversaciones, las vacilaciones de Musharraf, al que presionaban tanto sectores castrenses ?resueltamente opuestos a su plan reeleccionista- como civiles de la PML-Q ?que no querían saber nada de dar facilidades de poder a los populares-, colmaron la paciencia de Bhutto.

Toda vez que Musharraf se resistía a aceptar su propuesta, Bhutto le amenazó con arrostrar un "alzamiento popular" y el 14 de septiembre, al poco de protagonizar Nawaz Sharif una tentativa de esa índole ?el dirigente conservador se presentó en Islamabad pero fue inmediatamente detenido y mandado de vuelta a Arabia Saudí-, anunció desde Dubai que el 18 de octubre siguiente, después de la elección presidencial, aterrizaría en Pakistán para tomar las riendas electorales de su partido. "La dictadura alimenta el extremismo y el terrorismo, mientras que la democracia reduce estos fenómenos al implicar a los ciudadanos", afirmó quien se veía a sí misma como la solución democrática que el país necesitaba desesperadamente. El 25 de septiembre los populares anunciaron que su vicepresidente ejecutivo y jefe del grupo parlamentario del PPP, el makhdoom Mohammad Amin Fahim, candidatearía a la Presidencia en la elección indirecta del 6 de octubre si el Supremo, nuevamente encabezado por Chaudhry, aceptaba los recursos de inconstitucionalidad presentados por la oposición e invalidaba la postulación de Musharraf.

El 5 de octubre, por fin, Musharraf firmó la llamada Ordenanza de Reconciliación Nacional, que

retiraba a Bhutto y otros políticos que habían desempeñado funciones públicas entre 1988 y 1999 todas las investigaciones y cargos judiciales abiertos contra ellos. Significativamente, Nawaz Sharif fue excluido de la amnistía. En principio, ya que el Tribunal Supremo mandó suspender la aplicación del decreto de gracia, Bhutto tenía luz verde para regresar a Pakistán sin temor a ser arrestada y acceder a sus cuentas bancarias hasta ahora bloqueadas, aunque quedaba pendiente de aprobar la reforma constitucional que le permitiría, llegado el caso, ser investida primera ministra por tercera ocasión. Al día siguiente, el PPP aplicó su parte del pacto practicando, no el boicot, a diferencia del resto de grupos contrarios al régimen, sino la abstención en la votación presidencial efectuada por el colegio electoral que formaban 1.170 legisladores federales y provinciales, la cual Musharraf, todavía con el uniforme puesto, ganó con toda facilidad.

#### 6. Un magnicidio desestabilizador en un país a la deriva

El pacto unilateral con el cada vez más desacreditado Musharraf concitó contra Bhutto acusaciones de "traición" por los demás partidos de la ARD. Sus abundantes detractores veían a la jefa vitalicia del PPP como una corrupta sin escrúpulos, como una peona de Estados Unidos y como una oportunista capaz de cualquier cambalache político con tal de recobrar parcelas de poder. Pero todo indicaba que sus enemigos más peligrosos estaban agazapados en el Islam extremista, quizá ya profundamente infiltrado en los aparatos del Estado y conchabado con ciertas camarillas civiles y militares de corte ultraconservador. Este mundo ya había intentado asesinar varias veces a Musharraf, pese a ciertos tratos de favor y condescendencias otorgados por el general para apuntalar su poder, y sin ningún género de dudas también tenía a Bhutto en su lista negra, ya que el perfil de la antigua gobernante le resultaría particularmente odioso: una mujer que representaba el laicismo y un concepto moderado y tolerante de la religión, que voceaba incansablemente valores democráticos y que reclamaba, últimamente con gran vehemencia, mano dura contra Al Qaeda, el terrorismo y todo fundamentalismo violento

Ella se declaraba plenamente consciente del peligro que corría si retornaba a casa, pero siempre zanjaba la cuestión con su lenguaje lapidario de sacrificado estoicismo. "No le temo a la muerte", le dijo en abril de 2007 a su entrevistadora del diario británico de The Times, Ginny Dougary. Y también: "Ésta no es la vida que yo elegí. Ella me eligió a mí. Pero acepté la responsabilidad y nunca vacilé en mi compromiso". El 28 de septiembre, en una entrevista de la CNN, volvió a admitir el riesgo de un atentado contra su persona.

Bhutto aterrizó en Karachi procedente de Dubai el 18 de octubre, después de ocho años de exilio, sólo para comprobar con toda crudeza hasta qué punto su vida pendía de un hilo. Nada más abandonar el aeropuerto, cuando se dirigía al mausoleo del fundador de Pakistán, Mohammad Ali Jinnah, sin más protección personal que un chaleco antibalas bajo el blusón y rodeada de una vasta muchedumbre de exaltados seguidores, su apretada comitiva de vehículos fue golpeada por dos explosiones casi simultáneas, provocadas al parecer por terroristas suicidas, que mataron a 136 personas y dejaron malheridas a cerca de medio millar. 50 militantes del PPP que habían formado una cadena humana para dar seguridad a su líder perecieron en la terrible masacre, pero ella salió indemne.

Tras abandonar el dantesco escenario del atentado, firme y muy serena, Bhutto señaló como culpables del mismo a "ciertos individuos que abusan de sus puestos y sus poderes". Más en concreto, se refirió a "dignatarios del antiguo régimen de Zia, que hoy están detrás del extremismo y el fanatismo". Pidió la inmediata destitución del director de la Oficina de Inteligencia (IB), Ijaz Shah, pero se abstuvo de acusar directamente a Musharraf, al que el 16 de octubre, según desveló, había advertido por carta que disponía de información fidedigna sobre el envío a Karachi de cuatro escuadrones suicidas: uno ligado a los talibán afganos, otro a los talibán pakistaníes, un tercero a Al Qaeda y un cuarto a fuerzas locales enemigas del PPP. En esa misma misiva, Bhutto mencionaba a tres personalidades en relación con un posible intento de asesinarla. La prensa pakistaní, días después, reveló los nombres de los sospechosos a los ojos de Bhutto: eran Ijaz Shah, el ministro jefe de Punjab y miembro de la PML-Q Chaudhry Pervaiz Elahi y el ex director del ISI Hamid Gul, prebostes todos ellos muy

próximos al presidente.

El 21 de octubre Bhutto publicó en el Financial Times un artículo donde transmitía sus impresiones en primera persona. Entre otras cosas, decía: "El atentado contra mí fue más que un atentado contra una persona. Fue un atentado contra todas las fuerzas políticas de Pakistán que desean la democracia. Fue un atentado contra el propio Pakistán. Lo fue contra los derechos humanos y políticos de todos los ciudadanos y contra el sistema político. Su objetivo era intimidar y chantajear a todos los partidos políticos de nuestra sociedad, servir de advertencia a los miembros de nuestra sociedad civil. Los extremistas prosperan con las dictaduras; saben que la moderación y la democracia son su perdición. Y no se detendrán ante nada para impedirlos".

El caso era que Bhutto estaba recibiendo amenazas de muerte más o menos explícitas de Al Qaeda y su entorno, que ya había llamado a la guerra santa, por boca del propio bin Laden, contra Musharraf. Los talibán difícilmente pasarían por alto su aviso de que si llegaba al Gobierno autorizaría el paso de tropas de Estados Unidos desde Afganistán para combatir su retaguardia en las FATA. Según fuentes periodísticas locales, Baitullah Mehsud, un cabecilla tribal pashtún alzado en armas en Waziristán del Sur, había prometido a la política un recibimiento del exilio consistente en un ataque suicida. Y no podía olvidarse que Bhutto era considerada una "infiel" por organizaciones terroristas fogueadas en Cachemira como el Ejército de Mahoma (Jaish-e-Mohammad, JeM), el Ejército de los Puros (Lashkar e-Taiba, LeT) y el Partido de los Mujahidín (Hizb-ul Mujahideen, HM).

La política realizó una fugaz visita a Dubai para estar con la familia, pero el 3 de noviembre regresó precipitadamente a Karachi ante la última maniobra autoritaria de Musharraf, quien, citando el obstruccionismo que el poder judicial oponía a la lucha del Ejecutivo contra el terrorismo, declaró el estado de emergencia, suspendió la Constitución, descabezó el Tribunal Supremo y desplegó a las tropas en Islamabad. Bhutto anunció movilizaciones populares contra el estado de excepción, exigió el mantenimiento de la convocatoria de elecciones legislativas en enero así como la precisión de la fecha, y escenificó su ruptura con el "dictador militar".

Musharraf replicó con redadas masivas de militantes del PPP y con dos arrestos domiciliarios de su líder, el primero, de unas horas de duración, entre el 8 y el 9 de noviembre, en Islamabad, y el segundo, en Lahore, del 13 al 16 de noviembre, precisamente el día en que tomó posesión el Gobierno interino nombrado en la víspera y encabezado por Mohammad Mian Soomro, el hasta entonces presidente del Senado, y que se esperaba la visita del subsecretario de Estado estadounidense, John Negroponte, quien traía para Musharraf la advertencia de que debía abstenerse de impedir los movimientos de Bhutto y regresar a la situación anterior al autogolpe del 3 de noviembre.

Consciente de que Washington estaba a punto de dar a Musharraf por desahuciado, Bhutto se puso a exigir su renuncia como jefe del Estado, ya no sólo como jefe de las Fuerzas Armadas, negó cualquier legitimidad al Gabinete de Soomro y propuso formar un gobierno multipartito de "consenso nacional" en el que debía estar la formación de Nawaz Sharif, quien regresó al país el 25 de noviembre. Al cónsul general de Estados Unidos en Lahore, Bryan Hunt, Bhutto le explicó que en las actuales circunstancias la cooperación particular entre el PPP y el régimen, realizada de espaldas a los demás partidos de la ARD, ya no era posible.

La crisis se aquietó un poco en las semanas siguientes con la inscripción de Bhutto el 24 de noviembre en Larkana como candidata a dos escaños de la Asamblea, el cumplimiento por Musharraf el 28 de noviembre, un día antes de jurar su nuevo mandato como presidente civil, de su promesa de darse de baja en el Ejército y de traspasar el mando castrense a su hombre de confianza, el general Ashfaq Pervez Kayani, y el levantamiento también por Musharraf el 15 de diciembre, plegándose a las presiones de Estados Unidos, del estado de emergencia y la suspensión constitucional, con el fin de facilitar la celebración de elecciones legislativas el 8 de enero de 2008.

A las mismas Bhutto acudía muy animosa, con las encuestas a su favor y esgrimiendo un manifiesto lleno de esperanzas democráticas y en el que no faltaban las consabidas promesas de trabajo, vivienda y atención sanitaria. Sin embargo, la violencia no daba tregua: el 21 de diciembre, un ataque suicida dirigido contra el ex ministro del Interior Aftab Ahmad Khan Sherpao causó 54 muertos en Charsadda, NWFP; dos días después, un atentado contra un convoy militar en Mingora, capital del distrito de Swat ?escenario reciente de una gran ofensiva del Ejército para expulsar a los insurgentes protalibanes que se habían hecho fuertes en el valle, con un balance de 300 muertos-, también en la NWFP, provocó otras nueve bajas.

El 27 de diciembre Bhutto salía de celebrar un mitin en el Parque Nacional Liaquat de Rawalpindi, la ciudad donde su padre había sido ahorcado 28 años atrás -y exactamente el punto donde el primer jefe de Gobierno del Pakistán Independiente, Liaquat Ali Khan, pereció asesinado en 1951-, montada sobre un todoterreno descubierto desde el que saludaba a la multitud, cuando a su espalda surgió un hombre joven armado con una pistola que le efectuó varios disparos apuntándola a la cabeza; Bhutto se desplomó en el interior del vehículo, mortalmente herida; acto seguido, el agresor, o bien un segundo terrorista situado detrás de él, se inmoló haciendo estallar una carga explosiva que llevaba oculta, segando la vida a otras 24 personas e hiriendo a varias decenas más. La dirigente opositora fue trasladada a toda velocidad al Hospital General de Rawalpindi, donde únicamente pudieron certificar su fallecimiento.

El conocimiento del magnicidio desató al punto en todo el país violentas protestas de los seguidores de la víctima, que imputaron el crimen a Musharraf y volcaron su cólera destruyendo cientos de propiedades y enfrentándose a la Policía. Los disturbios duraron varios días y dejaron cerca de 60 muertos, la mayoría en Sindh. Nawaz Sharif, visiblemente afectado por el trágico final de su histórica adversaria, prometió "continuar su lucha" a favor de la democracia, exigió cuentas al Gobierno por el "grave fallo de seguridad", convocó una huelga general y anunció el boicoteo por su partido de las elecciones de enero si éstas no eran pospuestas. La comunidad internacional reaccionó con profunda consternación, siendo unánime la opinión de que la eliminación de Bhutto constituía un golpe brutal a la democracia en Pakistán. El Consejo de Seguridad de la ONU, reunido en sesión de emergencia, aprobó por unanimidad una enérgica declaración de condena.

En cuanto al Gobierno pakistaní, su respuesta al magnicidio distó de ser coherente. Musharraf fue rápido en condenar "en los términos más firmes posibles" el ataque terrorista y en declarar tres días de luto oficial, pero los portavoces gubernamentales divulgaron unas versiones del atentado que contradecían el testimonio ocular del servicio de seguridad de la política. La tesis oficial más insistente, que Bhutto había muerto al golpearse en la cabeza con una pieza metálica del vehículo por efecto de la onda expansiva de la bomba suicida, y no por acción de balas o metralla, quedó seriamente en entredicho tras difundirse unos videos en los que se veía al asesino disparando a bocajarro contra la ex primera ministra, si bien en las secuencias no llegaba a apreciarse si las balas daban en el blanco.

El Gobierno añadió que disponía de pruebas fehacientes, tras interceptar una conversación telefónica, de que detrás del crimen se encontraba Baitullah Mehsud, el jefe talibán waziri, al que de paso relacionó con Al Qaeda. De hecho, el principal lugarteniente de bin Laden en Afganistán, Mustafa Abu al-Yazid, reclamó la responsabilidad de la acción a las pocas horas de cometerse. Medios oficiales sugirieron también la autoría del Ejército de Jhang (Lashkar-e-Jhangvi, LeJ), una organización wahhabí proscrita por Musharraf en 2001.

Pero Islamabad no supo explicar cómo había podido producirse un siniestro así en Rawalpindi, ciudad llena de vigilancia y, supuestamente, bastante segura, ya que cobijaba el cuartel general del Ejército y era un conocido hervidero de agentes del ISI y la IB. De todas maneras, la urbe punjabí no era en absoluto ajena al terrorismo suicida: el 4 de septiembre anterior, un doble ataque contra un autobús que transportaba a funcionarios del ISI y un coche en el que viajaba un oficial militar había matado a 25 personas, y hacía sólo un mes, el 24 de noviembre, dos coches bomba habían causado otras 35 bajas en una instalación del ISI y en el Cuartel General

del Ejército. Es más, los tres intentos de asesinar a Musharraf a bombazos o a tiros, en diciembre de 2003 y julio de 2007, habían tenido lugar en esta ciudad, que, en definitiva, distaba de ser un santuario de seguridad. Zardari restó credibilidad a las imputaciones oficiales y pidió ayuda a la comunidad internacional para investigar el asesinato de su esposa.

En las primeras horas del 28 de diciembre, el cuerpo de Bhutto, al que extrañamente no se le practicó la autopsia (situación que se prolongó tras la inhumación del cadáver por expreso deseo de Zardari, no obstante su mentís de las teorías oficiales), fue trasladado a la base aérea de Chaklala en Rawalpindi y de ahí al aeropuerto sindhí de Sukkur, antes de continuar viaje hasta el distrito de Larkana. Partiendo de la residencia de la familia en la localidad de Naudero, el féretro fue llevado en cortejo fúnebre hasta el cementerio de Garhi Khuda Bakhsh, donde recibió islámica sepultura en el panteón familiar. El sepelio, por momentos caótico, estuvo presidido por el viudo y los huérfanos de la malograda dirigente, a los que arroparon cientos de miles de exaltados dolientes.

El 30 de diciembre, reunido en Naudero a puerta cerrada, el Comité Central Ejecutivo del PPP conoció el testamento político de Bhutto, cuya lectura correspondió a su hijo Bilawal, que a sus 19 años se encontraba cursando el primer año de Derecho en la Universidad de Oxford. La voluntad de la finada era que la dirección de los populares fuera asumida por su esposo, una decisión cuanto menos sorprendente, habida cuenta de la pobre reputación y la escasa popularidad de Zardari. Entonces, éste solicitó que su primogénito, pese a su tierna edad y su absoluta inexperiencia política, compartiera con él liderazgo. La cúpula del PPP resolvió que Bilawal, en lo sucesivo apellidado Bhutto en primer lugar, fuera el presidente titular del partido hasta que terminara sus estudios universitarios y que el padre dirigiera la agrupación en la práctica como copresidente. En cuanto al vicepresidente Fahim, al que la mayoría de los observadores había considerado el más probable sucesor de la líder asesinada, sería el candidato a primer ministro en las próximas elecciones.

A continuación, Bhutto, Zardari y Fahim comparecieron en rueda de prensa para comunicar a la nación las decisiones adoptadas. El primero, con gesto serio y tono decidido, habló brevemente para decir que iba a continuar la lucha democrática emprendida por su madre, mientras que su padre, que llevó la batuta en la comparecencia, anunció la participación del partido en las elecciones, cuyo retraso, sopesado por el Gobierno, rechazó.

Benazir Bhutto estuvo en posesión de una decena larga de doctorados honoríficos y otras distinciones académicas concedidos por universidades de Asia, Estados Unidos y el Reino Unido, y ostentó otros tantos galardones y reconocimientos, entre los que se citan el Premio Bruno Kreisky al Mérito en los Derechos Humanos (1988), la Gran Cruz de la Legión de Honor (1989), otorgada por el Estado francés, y el Premio a la Vida (1990), concedido conjuntamente por la Fundación Noel y el Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer (UNIFEM). En el momento de su muerte la editorial HarperCollins se disponía a publicar el cuarto libro de la estadista, escrito conjuntamente con Mark Siegel, su portavoz en Washington; titulado *Reconciliation: Islam, Democracy and the West*, el ensayo detallaba los planes de su autora de crear un puente de tolerancia y comunicación entre los mundos musulmán y cristiano.

(Cobertura informativa hasta 1/1/2008)